



Historia del asceta y la jarra de manteca*



¡Oh, rey! Era un hombre que vivía bajo la protección de un noble de tal ciudad; era un asceta que recibía cada día lo que le daba aquel noble, esto es: tres mendrugos de pan, un poco de manteca y miel. Tenía una jarra en la que reunía cuanto le daban. Así la llenó. La colgó del techo, encima de su cabeza por miedo y precaución. Cierta noche, mientras estaba sentado en la cama con un bastón en la mano, le pasó por la cabeza una idea respecto a la manteca y lo cara que era. Se dijo: “He de vender toda la manteca que tengo y comprar, con su importe, una oveja que confiaré a un campesino. Al cabo del primer año habrá dado a luz un macho y una hembra y al segundo año una hembra y un macho. Este ganado seguirá multiplicándose dando machos y hembras y llegará a ser muy numeroso. Entonces dividiré mi parte, venderé lo que me plazca y compraré tal terreno para plantar un jardín y construir un gran palacio; adquiriré vestidos y trajes, compraré esclavos y doncellas y me casaré con la hija de tal comerciante. Celebraré una boda cual nunca se hay a visto, degollaré ovejas, guisaré platos exquisitos, dulces y pastas; invitaré a todos los juglares, artistas y músicos; prepararé flores, perfumes y toda clase de plantas aromáticas e invitaré a ricos, pobres, sabios, nobles y grandes del reino. A todo aquel que me pida algo se lo concederé; prepararé toda clase de comidas y bebidas y ordenaré a un pregonero que grite: ‘¡Quien pida algo, lo obtendrá!’ Después me presentaré ante mi esposa cuando esté sin el velo y disfrutaré de su belleza y hermosura. Comeré, beberé, disfrutaré y me diré: ‘Has conseguido tu deseo’. Descansaré de la devoción y el ascetismo. Mi mujer quedará encinta, dará a luz un hijo varón y yo me pondré muy contento con él. Daré banquetes con esmero y le enseñaré la ciencia, la literatura y la aritmética. Haré que su nombre sea célebre entre



la gente y me vanagloriaré de él en las tertulias de los grandes personajes. Le ordenaré que haga lo que está establecido y no me desobedecerá; le prohibiré que cometa torpezas o actos reprobables y le prescribiré que sea piadoso, que haga bien y le daré preciosos presentes. Si veo que obedece aumentaré aún mis dones, pero si se inclina hacia el mal, le sacudiré con este bastón”.

»En este momento levantó el palo para pegar a su hijo y alcanzó la jarra de manteca que tenía suspendida sobre la cabeza y la rompió. Los pedazos le cayeron encima y la manteca le pringó la cabeza, los vestidos y la barba. Esto constituye un ejemplo. Por esto, ¡oh, rey!, el hombre no debe hablar de algo antes de que suceda». « Dices la verdad. ¡Qué excelente visir eres, puesto que dices la verdad cuando hablas e indicas el bien! Tu posición, junto a mí, es la que tú prefieras y siempre serás bien acogido». Simas se prosternó ante Dios y el rey e hizo votos por la duración del bienestar de éste. Dijo: « ¡Que Dios prolongue tus días, ¡oh, rey!, y aumente tu poder! Sabe que yo no te oculto nada ni en público ni en secreto; que tu satisfacción es la mía y que tu enojo es el mío; no tengo más alegrías que las tuyas y no podría dormir si tú estuvieses enfadado conmigo ya que Dios (¡ensalzado sea!) me ha concedido toda suerte de bienes gracias a tu generosidad. Ruego a Dios (¡ensalzado sea!) que te proteja con sus ángeles y que sea generoso contigo cuando lo encuentres». El rey se puso muy contento con todo esto. Entonces Simas se marchó.

Al cabo de un tiempo, la esposa del rey dio a luz un muchacho varón. Los mensajeros se presentaron ante el rey y le dieron la grata nueva del

nacimiento de un hijo. El soberano se alegró muchísimo y dio fervientes gracias a Dios. Exclamó: « ¡Loado sea Dios que me ha concedido un hijo cuando ya desesperaba! ¡Él es indulgente y misericordioso con sus esclavos!» A continuación el rey escribió a todas las gentes de su reino para darles cuenta de la noticia e invitarles a que acudiesen a palacio. Acudieron los emires, primates, ulemas y magnates que estaban a sus órdenes. Esto es lo que hace referencia al rey.

He aquí lo que hace referencia a su hijo: Los timbales repicaron y las fiestas se extendieron por todo el reino. Sus súbditos acudieron desde todas las regiones y llegaron los sabios, los filósofos, los letrados y los eruditos. Todos se presentaron ante el rey y cada uno de ellos ocupó su sitio. Entonces el soberano hizo signo a los siete principales ministros, aquellos que presidía Simas, para que hablasen por turno según su propio entender. Empezó su jefe, el visir Simas. Éste pidió permiso al rey para hablar y se lo concedió.

Dijo: « ¡Loado sea Dios que nos ha creado de la nada y nos ha traído a este mundo, que concede a los reyes es, sus siervos, gente justa y equitativa, el poder y el recto camino poniendo en sus manos el sustento de sus súbditos! Lo ha hecho, en particular, con nuestro rey, el cual ha vivificado nuestro país gracias a los bienes con que Dios lo ha favorecido; nos ha concedido la paz, una vida cómoda y segura y la justicia. ¿Qué rey hace con sus súbditos lo que éste ha hecho con nosotros? Ha cuidado de nuestros asuntos, ha mantenido nuestros derechos y ha hecho justicia entre unos y otros; no se ha descuidado de nosotros y ha evitado los abusos. Una de las gracias que Dios hace a los hombres consiste en que el soberano se preocupe de sus asuntos y los proteja de sus enemigos, puesto que el fin del adversario consiste en triunfar del enemigo y tenerlo a su merced. Muchas personas ofrecen sus propios hijos a los reyes como criados. Así pasan a ocupar la categoría de esclavos con el fin de que los protejan de los enemigos. En cuanto a nosotros ningún enemigo ha hollado el país desde que gobierna nuestro rey. Esto constituye una gran felicidad, una inmensa fortuna que nadie puede describir puesto que es indescriptible. Tú, ¡oh, rey!, eres digno, puesto que has traído tan grandes bienes; nosotros estamos bajo tu protección, bajo la sombra de tu ala. ¡Que Dios te conceda una hermosa recompensa y prolongue tu vida! Antes rogábamos a Dios (¡ensalzado sea!) pidiéndole que te conservase y te concediera un hijo pío que te sirviese de consuelo. Dios (¡glorioso y ensalzado sea!) ha escuchado y accedido a nuestras súplicas...

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche novecientos tres, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [Simas prosiguió: « ...Dios ha accedido a nuestras súplicas] y nos ha concedido un consuelo inmediato semejante al que dio a unos peces que se encontraban en un charco de agua». El rey preguntó: «¿Y cuál es la historia de los peces? ¿Qué ocurrió?»

